

De la lógica del capital a la desaparición del objeto: una propuesta de Ramón Puig Gairalt

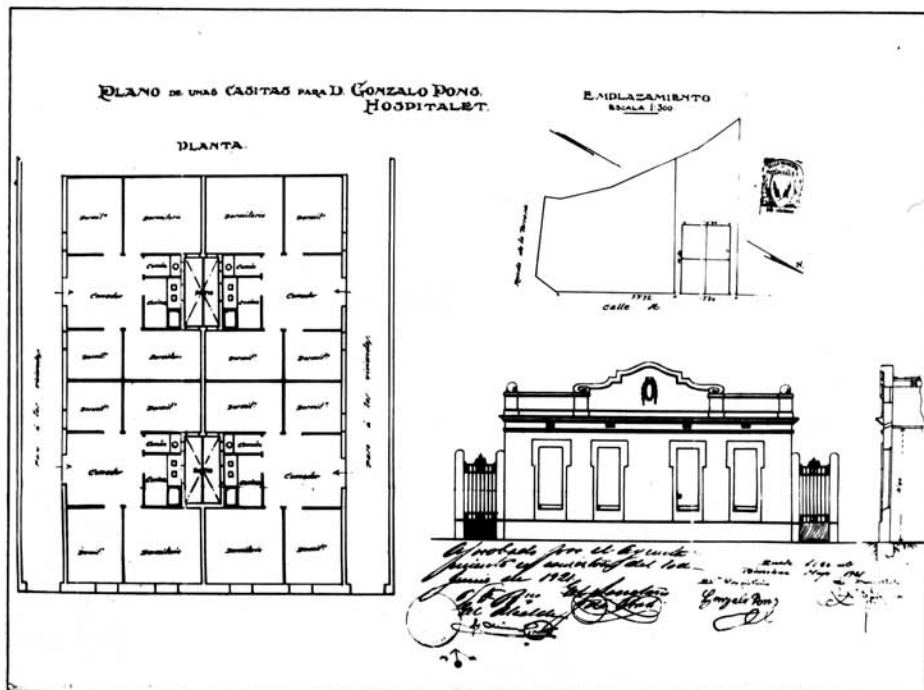
1920: la demanda de fuerza de trabajo que requiere Moby Dick desborda su capacidad de oferta de vivienda obrera. La oleada de inmigrantes que acuden a su panza necesitarán un hábitat que deberán buscar lejos del ensanche burgués, entonces en ciernes: las poblaciones limítrofes tendrán que absorber esta función. La división de la ciudad en sus partes necesarias empieza aquí a ser el espejo donde el capital se contempla en su actuación territorial.

En estas fechas, L'Hospitalet, municipio rural y agrícola, sufrirá un incremento de población desorbitado: de sus 6905 habitantes que poseía en 1910, pasará a tener 37650 en 1930 y, en consecuencia, a tener la tasa más elevada de crecimiento de toda Catalunya, incluso hasta nuestros días.

El origen de la ciudad capitalista, de los problemas que se presentan actualmente al Área Metropolitana de Barcelona, pueden buscarse parcialmente en esta época: no es tanto una cierta inconsciencia urbana sino una calculada actuación del capital, el cual, rechazando toda actuación encaminada a la confección de un plan, promueve esta falsa anarquía de crecimiento. Nunca como en el caso que nos ocupa (aunque presentaremos quizás sólo una pequeña parte de él por cuestiones obvias de espacio y tipo de publicación) aparece tan evidente cómo el cambio del modo de producción modifica el territorio; es decir que ni la existencia del plan ni su ausencia (sábana donde se rasga las vestiduras la nostalgia vanguardista) pueden controlar, en una primera etapa, las bases de inversión en el espacio global del capitalismo: el plan será a menudo un elemento que legalize los primeros desmanes y que potencie la segunda carga de un séptimo de caballería disfrazado de tecnocracia administrativa, aspirando llegar al espacio dominante (1) a partir de su propia lógica de actuación.

Será pues, inicialmente, más rentable la construcción física del territorio, en cuanto es la medida más directa para la incorporación de capital al mismo.

En L'Hospitalet, en las fechas



que tratamos, la mayor parte del suelo del término municipal está aún formado por campos de cultivo entre núcleos construídos (El Centro, Collblanch, La Tonassa, Sta. Eulalia) a partir de una tela de araña infraestructural (vías férreas, carreteras) que sectorializa tajantemente la totalidad del territorio administrado por su ayuntamiento.

En consecuencia, el capital se encuentra con un suelo de fácil acceso económico y, por añadidura, cómodamente potenciabile con actuaciones de poco corto. De otro modo: es el blanco perfecto para una inicial actuación del capital, es decir, aquélla que a partir de su incorporación al territorio y posterior valorización, aumentará rápidamente su valor de cambio.

El proceso, a nivel de gestión y eficacia, es simple: se trata de "llenar" paulatinamente los intervalos no construídos, sin tener en cuenta criterios cualitativos (no exigibles aún en los años que nos ocupan).

La operación prevé, en consecuencia, un resultado de segura eficacia. En primer lugar, su especial geografía de actuación permite ofrecer viviendas asequibles al bajo poder adquisitivo de la clase obrera recién llegada y, en segundo, ésta es la manera más fácil (a pesar de su sofisticación como operación económica) de cargar los costes de infraestructura (alumbrado, aceras, albañales, pavimentación, etc.) a los recién llegados, primeros en soportar sobre sus espaldas el artilinguio de las

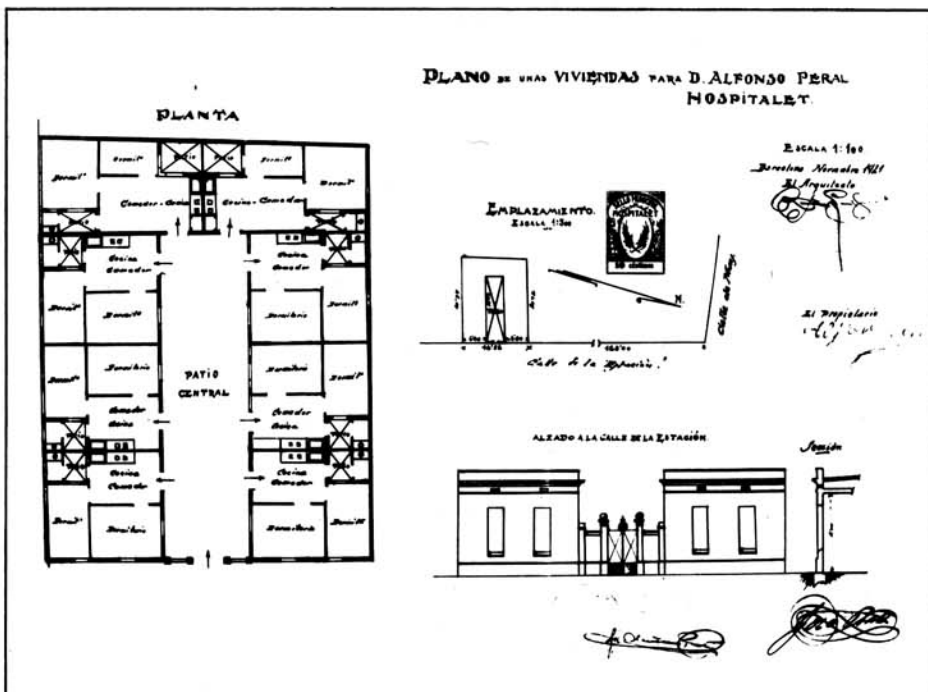
"contribuciones especiales": sólo un beneficio de uso legaliza lo que a la larga es un aumento de valor de cambio para futuras actuaciones sobre el territorio.

La residencia obrera, creada lejos del centro de la ciudad, realizará de este modo una primera ocupación del territorio lejos (y ya sin remedio) de la idea del plan, de cuya supuesta democracia hay que desconfiar a partir del régimen administrativo vigente.

La ausencia de una gestión socialdemócrata a la europea motiva que este proceso de crecimiento y zonificación se abandone a la iniciativa privada de poca capacidad económica: es el círculo perfecto para los intereses expansionistas del gran capital, el cual, a partir de las "necesidades" de la Gross-Barcelona, anulará incluso la débil oposición que el Plan General de L'Hospitalet (del mismo autor) intenta presentar a partir de la defensa de intereses localistas, por supuesto a nivel de dialéctica entre monopolio y pequeña empresa.

El "llenado" a que nos hemos referido se hará pues a partir de un crecimiento "espontáneo", agrupando diversas tipologías constructivas: la más frecuente es la que se observa en las gráficas adjuntas.

La economía en el sistema constructivo es una de las obvias exigencias que deben cumplirse -fachada mínima, ausencia de cámara de aire, mínimo recorrido de instalaciones, ausencia de elementos sanitarios, etc.-.



inmediatamente del "antiexpresionismo" de las aspiraciones de Puig Gairalt. Su elemental representación y su formalización arquitectónica están lejos del sueño expresionista: no hay arquitectura que salve al mundo, sino respuesta pragmática, alejada de desesperos nostálgicos que la pérdida del "aura" alimenta.

Las fachadas interiores no están representadas: la palabra "proyecto" es sustituida por su equivalente urbana, "plano"; todo el proceso se contiene en un solo pliego; el esquematismo es tal que ni los más elementales problemas constructivos se especifican, etc...

A partir de la célula elemental, la magnitud de su repetibilidad es sólo cuestión de las posibilidades del cliente: el tejido urbano se formará por agregación de estas experiencias a lo largo del proceso de control de la ciudad que, como arquitecto municipal, desarrollará Ramón Puig Gairalt.

Está claro que de la relación de estas arquitecturas con las más conocidas del autor puede repetirse la afirmación de M. Tafuri: "Entre la destrucción del objeto y la sustitución de éste por un proceso de vivir como tal, y la exasperación del objeto propia del ambiguo eclecticismo expresionista, no hay posibilidad de diálogo".

La destrucción del objeto arquitectónico, en función de una segura y rápida reproducción del capital -realmente, ¿estamos tan lejos de Weimar?-, será la respuesta profesional y cotidiana de Ramón Puig desde su trabajo en el municipio de L'Hospitalet.

El caso de Ramón Puig es revelador -este no es lugar para plantear su respuesta personal a esta aparente contradicción, y es evidente que existió- de las nuevas exigencias que el capital plantea a los arquitectos y, en consecuencia, de la imposibilidad del mantenimiento de viejos criterios definitorios de vanguardia.

Su actitud es el preludio de tantas otras que se darán en posteriores etapas del proceso de desarrollo del capital y que alcanzan su cumbre en los años cincuenta. Su biografía nos habla de otro tipo de "tensión" que se refleja en sus arquitecturas no a partir de un desgarrado de respuesta, sino de una claridad de visión de las condiciones de trabajo: la gestión del Ayuntamiento del que fue arquitecto municipal durante más de veinte años no

Al faltar las bases tecnológicas que garanticen otras posibilidades de sistematización constructiva, la inadecuación y miseria de la tradición, alejada de su correcto uso, se hace evidente. Las pocas posibilidades económicas de los mismos promotores, así como las perentorias necesidades de los recién llegados, constituyen un marco de operación que sólo es viable a partir de sus premisas reales.

El programa, en consecuencia, claramente observable en los planos encontrados, se formaliza siempre de la misma manera: tipología de vivienda mínima, pensada para la clase obrera a partir de la incuestionable necesidad del único interés del capital, es decir, la reproducción de la fuerza de trabajo de la clase que ocupará este hábitat.

Pero hay un segundo aspecto que debe interesarnos, que no está necesariamente desligado de las consideraciones anteriores, aunque es disciplinadamente más específico.

El autor de los proyectos presentados, el conocido arquitecto Ramón Puig Gairalt, es considerado, a partir de la historiografía arquitectónica local y extranjera, como el genuino representante de un expresionismo importado de corrientes centroeuropeas en nuestro país.

A partir de ahora (si pudiera ser lícito ocuparnos de este enfoque historiográfico), tendremos que considerar el expresionismo de Ramón Puig como la otra cara de la moneda de su actuación profesional, y

empezar a pensar en una coincidencia de los dos caminos proyectuales que se vislumbran.

Por otro lado, su tan mencionado expresionismo tiene mucha más fuerza (en cuanto lenguaje) en aquellas obras en las que se evidencia un desesperado intento por huir de las normas clásicas, que en aquellas en las que las aproximaciones "vanguardistas" centroeuropeas son más evidentes.

La abundante bibliografía sobre el expresionismo (Sharp, Zevi, Argan, Gregotti, Borsi, Koenig, Pehut, etc.), y a la cual remito al lector, ya se ha ocupado en definir, con más o menos fortuna, las características que pueden acotar los límites de esta tendencia.

Desde los dibujos de Finsterlin hasta las "maravillas" de Poelzig, desde la utopía de Taut hasta las lonas transalpinas de Scharoun, los expresionistas, al margen de la forma, aspiraban a acceder a la misión colectiva de la vanguardia de "guiar la sociedad hacia un nuevo futuro", acogida bajo la *Zukunftskathedrale* de Taut, el constructor del mundo.

Si hay un escrito que resume de un modo claro la soberbia expresionista, éste no es otro que la conocida frase de J. Poerner: "El arte representa una pirámide que se alarga hacia lo bajo. En lo alto, sobre la cima, están los más capaces, los artistas que tienen las ideas".

Una ojeada a los planos adjuntos nos da cuenta

admitía ambigüedades típicas de las lejanas administraciones centroeuropeas. Los papeles estuvieron claros desde el principio, y el flirteo entre el capital y la arquitectura dió unos resultados cuyos beneficios trastocaron las habituales relaciones para el futuro.

El trabajo arquitectónico de Ramón Puig ya no podrá plantearse como una cuestión abstracta, y esto aporta nuevos caminos a la investigación clarificadora; a partir de él, la historia de la arquitectura no puede entenderse más como "una simple interrogación sobre la correlación entre el valor lingüístico y las transformaciones productivas", sino que frente al hecho presentado deben surgir nuevas propuestas.

Es fundamentalmente a Ramón Puig a quien se le plantea sobrellevar "el fin del aura" y desarrollar las nuevas condiciones a partir de las cuales cambia el concepto de trabajo intelectual.

Es a partir de su inicial experiencia que se aprende del movimiento moderno, a menudo inflacionado por sus sugerentes y "progresistas" imágenes y presentaciones editoriales.

Desarrollar este método inverso es tarea urgente para el conocimiento de nuestra propia historia.

Josep Maria Rovira

NOTAS.

- (1) Sobre el concepto de espacio dominante, ver Paul Vieille: "L'espace global du capitalisme d'organisation", Espaces et sociétés, 1974.

